

507

GOONIES

Ilustración de cubierta: Daniel Norris
Maquetación y diseño de interior: Endoradisseny

Título original: *The Goonies*
© 1985, Warner Bros., Inc.
© 2018, Marcelo E. Mazzanti, por la traducción

Esta edición ha sido publicada gracias al acuerdo con Grand Central Publishing,
New York (Nueva York, Estados Unidos). Todos los derechos reservados.

ISBN: 978-84-17128-37-1
Código IBIC: YF
DL B 5.953-2018

© de esta edición, 2018 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Primera edición: mayo de 2018
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

LOS GOONIES

James Kahn

Traducción de Marcelo E. Mazzanti

Una novela basada en la historia
de STEVEN SPIELBERG y el guion
de CHRIS COLUMBUS



Duomo ediciones

A los Goonies no traicionaré ni por un segundo,
seguiremos juntos hasta el fin del mundo.
En el cielo y el infierno o en la guerra nuclear
nada habrá que nos pueda separar.
En la ciudad, el campo o el bosque, da igual:
me declaro ahora mismo un Goony oficial

—Juramento de los Goonies

PRÓLOGO

Astoria Evening Standard, sábado 24 de octubre

Esta mañana, a plena luz del día, Jake Fratelli, condenado por robo a mano armada, se ha fugado de la cárcel estatal y ha huido en un coche que le estaba esperando. Fratelli, de 33 años, parece haber simulado suicidarse mientras los otros prisioneros desayunaban. Cuando un guardia entró en la celda para cortar la cuerda de la que el prisionero parecía haberse colgado, Fratelli le golpeó, dejándolo inconsciente, tras lo que se puso el uniforme de este y salió tranquilamente del centro penitenciario de seguridad media.

Según el guardia Emil Yonis, «entre la soga y la lengua que le salía de la boca, parecía más muerto que un conejo atropellado en la carretera. Pero cuando fui a comprobarlo vi que llevaba un arnés en la cintura. Fue entonces cuando me sacudió». Yonis ha sido hospitalizado y está en observación.

Momentos después de que Fratelli saliera, fue descubierto el cuerpo desnudo del guardia. Los carceleros hicieron sonar la alarma y salieron a perseguirlo, pero un todoterreno negro esperaba al fugitivo en una colina enfrente de la cárcel. La conductora era su madre, Mama Fratelli, de 56 años, también fugitiva de la ley. La acompañaba el hermano del prisionero, Francis, de 31 años, que está en busca y captura para ser interrogado por una serie de incendios provocados el pasado invierno en Portland.

La huida había sido planeada cuidadosamente. Mientras Jake llegaba al vehículo, Francis encendió un reguero de gasolina que había vertido a veinte metros, creando un muro de fuego que consiguió frustrar la persecución.

La policía fue notificada. Mientras las autoridades acudían, el vehículo de la huida volvió a ser visto en la carretera 27, cerca de Hillside, lo que dio pie a una persecución a toda velocidad que pasó por los muelles, el instituto, el vertedero municipal, el puerto deportivo y, por fin, en un gesto de valor calculado por parte de los Fratelli, por una carrera en la que competían otros cincuenta todoterrenos. En la confusión provocada, los Fratelli consiguieron escapar.

El vehículo no llevaba matrícula, pero se reconoce fácilmente por los numerosos agujeros de bala producidos por la policía. Ha sido visto por última vez en dirección norte hacia Janesville, aunque otras informaciones

afirman haber identificado un vehículo similar cerca de Fresno.

La prisión ha iniciado una investigación interna sobre sus procedimientos de seguridad. El guardia Emil Yonis está de baja mientras se esperan los resultados.

Los Fratelli van armados y se les considera peligrosos.

CAPÍTULO I

Me llamo Mikey Walsh • Los Goonies • Nada que hacer • Otra historia de Gordi • Tres tíos con americanas *sport* • Los trastos del museo • Encuentro el mapa • Una X marca el lugar

Mi nombre es Mikey Walsh. Bueno, en realidad es Michael, pero nadie me llama así excepto mi abuelo, y eso si lo recuerda. La mayoría del tiempo está tumbado en la hamaca del patio trasero, recordando cuando *él* tenía trece años. Yo también tengo trece.

Soy bajito para mi edad. No es que sea un enano ni nada, y no soy cobarde, aunque tampoco me encontrarás nunca en el aparcamiento después de un partido del equipo de Glenoaks West, esperando a mezclarme con esos gigantones. Brand me llama «canijo». Es mi hermano.

Pero no lo soy. Canijo, quiero decir. Es solo que se me ocurren mejores formas de perder el tiempo que soltar gritos sobre quién ha aplastado a quién en el partido. Lo que me va son las aventuras, aunque resulta difícil vivir alguna en este pueblecito desangelado.

Brand dice que no es que sea bajito para mi edad, sino bajito para mi tamaño. Se parte cada vez que me lo repite. Mamá me llama «menudo». Sé a qué se refieren. Lo dicen porque, al contrario que Brand, no estoy en ninguno de los equipos, llevo *brackets*, soy asmático y me resfrío mucho, más que otros chicos, sobre todo en otoño. Y fue en otoño que sucedió esta historia, pero te la cuento en un rato.

La verdad es que octubre es mi mes preferido, aunque a mamá le dan miedo la «temporada de gripe», mi «estado» y cosas por el estilo. Eso sí, octubre es una pasada para las hojas de los árboles. Se ponen de esos colores geniales y se caen, y yo las junto en pilas para quemarlas, que es el mejor olor del mundo. Claro que también llueve un montón. Pero cuando no llueve hay un viento especial, misterioso, que parece salir de la tierra y pasar por dentro de mí, como si atravesara mi corazón o algo así. Ya sé que no lo hace, pero eso es lo que siento. Como la magia antigua. Y, por supuesto, Halloween también es en octubre.

Vamos, que me encanta el otoño. Lo que odio son mis *brackets*, sobre todo cuando el doctor Hoffman me los aprieta una vez al mes para corregir mi mal encaje dental; es un procedimiento más lento que una babosa dormida. Además, una vez que besé a Cheryl Hagedorn (en realidad fue ella la que me besó a mí), nuestros *brackets* se engancharon y nos quedamos pegados por la boca.

Fue de lo más desagradable, y tuve que soltarnos usando sus pinzas para las cejas, con el retrovisor del Chevrolet de su padre. Después de eso ya no he podido mirarla, y supongo que ella a mí tampoco. El doctor Hoffman me preguntó si había estado masticando clavos o algo así.

La otra cosa que odio es mi asma. Brand dice que está todo en mi cabeza. Mamá dice que no, que está en mis pulmones, lo que está en mi cabeza es el cerebro. Y entonces Brand acostumbra a replicar algo como «Mikey no tiene el cerebro ahí sino en lo que usa para sentarse», y mamá le dice que cierre la boca y deje de ser tan grosero. Brand no es mal tío, pero ese es su estilo.

La verdad es que mi hermano mola bastante, puede que casi la mitad de lo que él mismo se cree. Tenía dieciséis años cuando sucedió todo este lío. Era su último curso en el instituto Astoria High, y ya estaba en un equipo semiprofesional de lucha, aunque aún no en el de fútbol. El caso es que no se parece en nada a mí: es rubio, tiene los ojos azules y le va el culturismo. Pero no es solo un musculitos, sabe un montón de cosas.

Papá y mamá son de lo más normales. Es decir, son buena gente, pero no se enteran. Papá trabaja en el museo y mamá hace de mamá.

Vivimos en una gran casa de tres pisos con una verja blanca en el jardín, en la parte del pueblo conocida como Muelles de Goon. No está muy lejos de los muelles de verdad —Astoria es un pueblo de costa al norte de Ore-

gón— y es más que nada lo que papá llama «un barrio obrero». Mecánicos, pescadores, trabajadores de la construcción cuando hay trabajo en la construcción; esa es la clase de gente que vive por aquí. Gente como nosotros. Si aquí hubiera lo que llaman «barrios bajos», nosotros viviríamos en ellos; al menos eso es lo que dicen los miembros del Club de Campo de Hillside. Ellos son los que llaman a esto los Muelles de Goon y a nosotros Goons. A nosotros ya nos parece bien; nos gusta quienes somos. Por eso dimos el nombre de «los Goonies» a nuestra banda.

Bueno, en realidad no es una banda, sino más bien una especie de club. Papá lo llama «una miscelánea»; como te he dicho, trabaja en el museo.

Primero está Bocazas Devereux. Es el mayor del grupo, y desde luego, el más payaso. Siempre está contando chistes o haciendo bromas o, en general, hablando sin parar. Nunca le he visto sin una sonrisa maliciosa. En el cole siempre tenía problemas de conducta. El psicólogo decía que solo intentaba llamar la atención. Yo digo que lo que intenta es reír siempre el último. Y hasta es capaz de hacer reír en diferentes idiomas; es como un experto en lenguaje o algo así: un tío con muchas lenguas. Puede contar chistes verdes en francés, italiano, alemán y portugués (yo ni siquiera sé dónde está Portugal). También es un loco de los ripios. A veces ni siquiera habla en rimas a propósito, lo hace automáticamente. No solo eso:

puedes señalarle cualquier tema, por ejemplo, las vacas, y en cinco segundos te crea unos versos, como «La vieja vaca la lengua saca mientras hace...» (ya te imaginas el final). En fin, Bocazas sabe hacerlo mejor que yo. Y mucho más divertido. Si la situación se presta a un chiste o a un comentario de listillo, él es siempre el que no se puede contener. Su padre es fontanero, y eso debe de tener mucho que ver con el asunto: me parece que es un oficio en el que conviene tener bastante sentido del humor.

Después está Gordi Cohen. Ya te imaginarás por qué le llaman así. Otra cosa destacada de él es que es el mejor contador de historias de este hemisferio. Me refiero a bolas de tamaño gigante. No me entiendas mal, es un tío estupendo de verdad, solo que a veces no es lo más sincero del mundo. No diría que miente, porque cree estar diciendo la verdad. Pero, de alguna manera, en su cabeza la historia pasa de ser algo que le gustaría que hubiera pasado a algo que podría haber pasado, a algo que más o menos pasó, a algo que pasó de verdad. Y una vez la cuenta, se convence de que ya la ha oído antes, así que debe ser verdad. Una vez convencido de que sucedió, se toma libertades con los detalles. Y otra cosa más sobre Gordi es que a sus padres les negaron hacerse miembros del Club de Campo de Hillside, según Gordi porque son judíos, y aquel lugar es lo que llaman un club «reservado». Pero yo creo que es solo porque son gilipollas... el club de campo, claro, no los padres de Gordi, que son

muy simpáticos, aunque visten igual de mal que él. Yo no me haría socio de ese club ni que me pagaran, y la verdad es que me alegro de que los padres de Gordi no lo arrastren a aprender a jugar a golf en vez de aprender a saltarse los barriles en el videojuego de *Donkey Kong*.

El último Goony es mi vecino, Ricky Wang. Lo llamamos Data. El tío es un genio. Lo sabe todo sobre ordenadores y electrónica y esas cosas, y siempre está inventando aparatos molones, como anillos con linterna incorporada y hebillas de cinturón que disparan bombas de humo. Cosas muy gansas, excepto que muchas de ellas no acaban de funcionar bien. Le encantan las pelis de James Bond, y de ellas saca algunas de sus ideas, aunque a veces parece que a media proyección haya salido al vestíbulo del cine a comprar palomitas y se haya perdido la parte importante.

Pues este es el grupo. No somos muy gamberros, aunque en este pueblo tampoco acostumbra a haber nada interesante. Al menos hasta la pasada primavera, cuando nos enteramos de que el club de campo era dueño de la mayoría de los terrenos de los Muelles de Goon, donde estaban nuestras casas... y que iban a echarnos y derribarlo todo para construir un maldito campo de golf justo donde vivíamos.

Se celebraron audiencias públicas, investigaciones y estudios de impacto ambiental durante toda la primave-

ra y el verano, y en un momento pareció que una gran empresa de Portland era propietaria de la mitad de los terrenos, pero resultaron ser solo testaferros (signifique lo que signifique eso) de los mandamases del club de campo, así que entonces pareció que todo estaba perdido, especialmente porque esos pijos de Hillside tenían mucha influencia en la capital, Eugene. Pero en el último momento se hizo una apelación y el juez dijo que los *goonies* tenían derecho de preferencia, es decir, que podíamos pagar nuestras hipotecas si queríamos y si teníamos el dinero. Ahora sí que estaba todo perdido: si alguno de nosotros hubiera tenido dinero no estaríamos viviendo en los Muelles de Goon, para empezar.

Hacia el Día del Trabajo ya sabíamos seguro que nos iban a echar, y que tendríamos que esparcirnos al viento como cuando soplas un diente de león, y que no volveríamos a vernos nunca.

Llegó la orden de desalojo. Para el 25 de octubre teníamos que largarnos. Pensé en escaparme de casa, pero no me pareció justo echarles encima otra carga a mis padres. Bocazas era partidario de ir a destrozar el club de campo, y tengo que admitir que la idea era tentadora. Pero, por alguna razón, pasaron las semanas y no llegamos a hacer nada de nada, y de repente era 24 de octubre. Tengo que confesarlo: me puse muy depre. Estaba hecho polvo de verdad.

Pero entonces el extraño viento de octubre entró por

la claraboya de la buhardilla y de repente sentí que iba a pasar algo. Y pasó.

Así que esta es la historia de lo que sucedió durante aquellos dos largos días del pasado otoño, los anteriores a la fecha límite para que desalojáramos. Sé que muchas partes van a resultar difíciles de creer, pero juro que cada palabra es cierta.

Todo comenzó con Brand y yo sentados en el salón de casa, mirando por la ventana. Bueno, en realidad era yo el que miraba; Brand colgaba por los talones de su máquina de ejercicio. Él siempre encontraba algo que hacer, pero yo estaba tan aburrido que había empezado a ponerme de mal humor.

—Por aquí nunca pasa nada interesante —dije. Brand no contestó; él sí que se lo estaba pasando bien boca abajo. Pero yo lo decía en serio: el pueblo estaba muerto. Quizás no fuera tan mala idea largarnos, a fin de cuentas. A ver, un montón de chicos viven aventuras, como Tom Sawyer y Luke Skywalker y Jim Hawkins. ¿Y qué vivía yo? Sesiones con el ortodontista.

—Quién necesita los Muelles de Goon, quién necesita esta casa. No puedo esperar a pirarnos de aquí —me lamenté, y esta vez sí llamé la atención de Brand.

—¿En serio?

Seguía colgado, pero me había entendido perfectamente; siempre veía a través de mí como si yo estuviera

hecho de gelatina de limón. Solo con su forma de preguntarme «¿en serio?» me hizo comprender a mí mismo lo que acababa de decir.

—Qué va —le contesté—. Solo lo decía por sentirme mejor. Intentaba consolidarme.

—Será «consolarte» —dijo. Como ya he mencionado, sabe mucho.

—Eso —repliqué.

—Sé cómo te sientes, enano. Desde luego, voy a echar de menos todo esto —reconoció.

Yo también. Sin duda. Usé mi inhalador Promotene para el asma —sentía el pecho un poco cargado— y empecé a vagar por la casa.

Cocina. Ninguna novedad. Comedor. Nada de nada. Salita de la tele. La encendí, pero era sábado por la mañana y solo daban dibujos animados, es decir, nada.

En el sillón había un ejemplar de la revista humorística *Mad*, así que me senté y lo cogí. En la contraportada aparecía una cosa llamada «póster plegable», que es como los desplegados de las revistas guarras pero al revés: muestra una imagen y un texto, algo como «Tiremos la bomba a los rojos», pero cuando doblas la página sobre sí misma, como si fuera un acordeón, de repente se forma una imagen diferente del todo y dice «Prohibid la bomba» o algo por el estilo. Es como una especie de mensaje secreto oculto dentro del original. Si no lo has visto nunca, seguramente no sabrás de qué hablo, aunque espero

que te hagas una idea. El caso es que, si sabes de qué va el asunto, a veces puedes entrever la imagen y el mensaje secretos sin necesidad de doblar la página.

Esta vez lo vi claramente. Qué rollo.

En la mesa había un puzle a medias, y en eso sí que soy bueno. Es como si «viese» dónde va cada pieza, sin ni siquiera intentarlo. Hay gente que hace una pila con todas las piezas azules, otra con todas aquellas en las que salen flores, y los resuelven así, de forma casi científica. Yo no; con un vistazo me basta. Es algo instintivo.

Cuando tenía doce años, el psicólogo del cole me dijo que en los tests se me daba muy bien el «análisis de relaciones visuales», aunque mi nivel de lectura estaba por debajo de la media. No es que no me guste leer, sí que me gusta. Es solo que, en cuanto me pongo, veo la escena en mi mente y es como si me montase la película en mi cabeza, y me pierdo en las «relaciones visuales» y me desconcentro y ya no sé ni por dónde iba.

Bueno, pues cogí una pieza del puzle, entrecerré los ojos, le di la vuelta... y la coloqué perfectamente en su lugar, pegada a otra pieza. Todo por instinto. Y si algo he aprendido de Obi-Wan Kenobi es a confiar en mis instintos.

Entonces apareció Bocazas. No hacía faltar ser un genio para ver que Brand y yo estábamos depres; perfecto para él, porque no era ningún genio, así que enseguida intentó animarnos.